

JORGE RUBÉN DELICOSTAS

Secuestrado el 3 y asesinado el 11 de julio de 1976

Jorge Rubén Delicostas, *Chupete*, nació en Berisso y vivió en la calle Río de Janeiro N°4015 en un “castillo de lata” como supo escribir Raúl Silvetti, refiriéndose a las casas de chapa y madera que ocupaban el universo urbano de nuestra ciudad. Creció en las mixturas culturales del afecto que le brindaron griegos y vascos. Fue bautizado en la Iglesia Ortodoxa Santos Constantino y Elena, de la ciudad. Tenía 29 años cuando fue asesinado por la dictadura cívico-militar y no pudo conocer la tierra de sus abuelos.

Su infancia fue un peregrinar entre la colectividad griega, lugar en el que se apasionaba por aprender el idioma de sus abuelos y la Escuela 52 (hoy N°1), donde completó la otra mitad de su enseñanza. Mucho tiempo después supo que esa escuela fue el primer lugar que Evita visitó en Berisso. La abanderada de los humildes llegó para distribuir ayuda solidaria a las familias de los obreros de los frigoríficos que estaban en huelga, reclamando mejores condiciones de trabajo y salario.

Cada uno de sus entornos y sucesos fueron moldeando sus convicciones, la secundaria en el colegio “Albert Thomas” de La Plata, su primer trabajo en la fábrica militar de ácido sulfúrico que funcionaba pasando el Puente Roma, y el recuerdo de aquel 26 de julio cuando escuchó

en la radio que “ella” había pasado a la inmortalidad. Desde esa noche la llevó prendida en su vida y en su militancia, Eva Perón volvió en bandera y lucha contra la dictadura, contra las injusticias, contra la proscripción. El 22 de diciembre de 1971, peleando y organizando el “Luche y Vuelve”, se encontraba en una casa operativa de Montoneros en la calle San Martín N°4432 de Florida, partido de Vicente López. Sorprendido por la Policía Federal fue detenido junto a Jorge Christeler, Rosa Pargas, María Luisa Cañalón de Christeler, el sacerdote Eliseo Morales y Eduardo Álvarez. El reporte de la Federal describía que encontraron diversos tipos de armamentos, instrumental quirúrgico, medicamentos e insumos para curaciones de postoperatorios, lo que permitió inferir que en el lugar funcionaba una posta sanitaria.

Comenzó un largo peregrinar por las prisiones del régimen. De Villa Devoto a Resistencia en el Chaco, de allí a Rawson donde compartió cárcel con los mártires del 22 de agosto y por último el retorno a Devoto. Desde el primer lugar de detención, después de fin de año le escribió a su primo Pablo “... *aquí estoy, en este penal según dicen los organismos policiales por ‘terrorista’, pues para ellos todos los que luchan contra la explotación, el hambre, las injusticias, etc., así se denominan. Los diez primeros días que estuve en Coordinación Federal ‘cobré como en la guerra’, me dieron con todo para obtener información que yo desconocía, pero ellos sostenían que no. Comenzaron entonces a preguntarme desde el caso Aramburu hasta la última boludez que se les podía ocurrir, me pasé dos días de dos horas cada uno en la picana y el sábado 25 a las 12:30, usaron mi cuerpo como bolsa de boxeo, durante una hora y media hasta que me desplomé en el piso y por suerte, no la ligué más. (Bueno de esto mejor no hablar). Ahora estoy aquí en Devoto, somos casi 400 presos políticos que estamos en un piso distribuidos en pabellones de 20 compañeros, cuando nos trajeron nos preguntaron la ideología, les dijimos peronistas y nos alojaron en un pabellón con peronistas, estuve con la gente que cayó en Taco Ralo, con Caride, con Ongaro, lo conocí a Tosco y ayer tuve oportunidad de charlar con M. Soto, lo pasamos bastante bien... El 31 a la noche (a pesar de pasarlo en la cama porque estaba bastante jodido por las torturas) pasamos momentos muy emocionantes, a las doce cantamos los 400 presos la marcha peronista y otras muchas canciones de liberación, en un momento hicimos silencio y escuchamos del pabellón de las compañeras, sus cantos (que nos dedicaban) y sus saludos.*”

Mientras Jorge estaba preso, la lucha popular no decaía. El surgimiento de los grupos insurgentes desconcertaba a los servicios de inteligencia que no comprendían la mezcla de activistas donde convivían jóvenes católicos, curas tercermundistas, obreros y jóvenes estudiantes de clase media que se sumaban por cientos a las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), FAP (Fuerzas Armadas Peronistas) o Montoneros. La autodenominada “Revolución Argentina” entraba en su última etapa. El General Lanusse levantaba la proscripción del peronismo, desafiaba a Perón convocando a elecciones y poniendo una fecha para que aquel que quisiera ser candidato a presidente. Debía estar en el país antes del 25 de agosto de 1972. “No le da el cuero” afirmó el dictador cuando se cumplió el plazo. Lo que no previó fue que el 17 de noviembre de 1972, Juan Domingo Perón llegó a la Argentina tras un largo exilio de 17 años, un mes y 29 días, para designar a Héctor Cámpora como su candidato a presidente.

En el verano del 73 desde Rawson, su madre Palmira Echarri recibió respuesta a la carta que le había escrito: “... *me decís que Pucherito (un sacerdote amigo) te ayuda, me parece bárbaro, yo creo que él aprenderá mucho de vos y papi, sobre todo por su formación y extracción de clase, él es un pibe muy honesto y sincero, pero pesa mucho su formación*

intelectual y su extracción de clase, es distinta su situación a la mía. Llegamos a buscar un mismo objetivo pero por motivaciones distintas, él llegó a través de la vía intelectual de su carrera, ella le permitió comprender un montón de cosas y sus sentimientos puros le hicieron dar el salto, pero yo tuve otro proceso, un proceso que nació a nivel de piel cuando tenía muy pocos años y que en mi memoria empezó la noche de la muerte de Evita, que siguió en el 55, cuando rajamos de Berisso y que creció siempre porque siempre viví en medio de una clase explotada y mi hogar era de un explotado más. Yo no necesito leer lo que es una casa de chapa, porque viví en ella casi 20 años, porque no necesito leer lo que es un frigorífico porque en casa estaban los mamelucos que allí se ensuciaban, porque sentía su olor las 24 horas del día, porque siempre pude ver las posibilidades que yo como hijo de obrero tenía y las que tenían otros, porque mi vida de pibe era divertirme con los tranvías, con los muñecos de trapo o los barriletes de diario o de papel de los salames, porque los remontaba en el potrero o en la cancha de Estrella y cuando conocí otras cosas, como Mar del Plata o Necochea, fue porque la lucha de los obreros le había arrancado esas conquistas al régimen, pero volvíamos de Mar del Plata y seguíamos en la casa de chapa, con un baño que ni cadena tenía”. En aquella carta escrita a su madre, expresaba que “... lo que vos llamás odio y es bien cierto, es odio de clase, de clase postergada y lo llevo adentro y no de la cabeza porque no lo aprendí en un libro sino que lo viví, viví las manifestaciones en la puerta de casa cuando los tanques apuntaban a los descamisados, cuando al otro día pasaban los radicales con sus bocinas festejando, eso no se olvida y si lo olvidara sería un lumpen, un desclasado...”. Nunca olvidó sus orígenes y a quien debía su militancia y sacrificio.

En su campaña electoral, el Tío prometió liberar a todos los presos políticos. El eslogan con “*Cámpora al Gobierno Perón al Poder*” pintado y cantado a lo largo y ancho del país llevó al Frente Justicialista de Liberación, sin necesidad de segunda vuelta, al triunfo electoral de marzo del 73. El día de la asunción, mientras centenares de miles de compañeros colmaban la Plaza del Congreso y la Plaza de Mayo, Cámpora juraba a su cargo y pedía a otros dos “compañeros presidentes”, Salvador Allende de Chile y Osvaldo Dorticós de Cuba,



que rubricaran junto a él el acta que lo proclamaba primer mandatario de los argentinos. La noche del 25 de mayo de 1973 una multitud rodeaba la cárcel de Villa Devoto y presionaba para que soltaran a los presos políticos. Un ambiente de mucha tensión y expectativa rodeó la llegada de un grupo de diputados nacionales que firmaron el acta autorizando la liberación de hombres y mujeres pertenecientes a las distintas agrupaciones armadas que habían enfrentado la dictadura. A partir de la medianoche, en filas de a veinticinco, los presos comenzaron a salir del penal y se reencontraron con sus familiares y compañeros. Chupete sabía que lo esperaban sus afectos más sentidos. La lucha seguía.

El Gobernador de la provincia Oscar Bidegain, un histórico dirigente vinculado a los sectores más combativos del peronismo, designó a Floreal Ferrara como Ministro de Salud y Bienestar Social. El nuevo ministro puso al frente de la Dirección de Menores a dirigentes ligados a la “Tendencia Revolucionaria”, entre ellos a Delicostas que cumpliría funciones como subdirector de Minoridad. El 26 de enero de 1974, días después del ataque al cuartel militar de Azul por un grupo del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), el Presidente Perón en un duro discurso acusó al gobernador de ineficaz o cómplice. Bidegain sin apoyo político, no tuvo otra opción que renunciar. Jorge o simplemente Rubén, como le gusta recordarlo a su hermano Sergio, nunca formaría parte del gobierno de Victorio Calabró, un dirigente de la UOM, vinculado a los grupos de ultraderecha. Ese mismo día en un documento titulado **Descalabro en la Provincia**, más de 50 funcionarios renunciaban a sus cargos. El duro texto expresaba lo siguiente:

“La historia del peronismo es una historia de lealtades y de traiciones. Bidegain inscribió su historia entre los leales. Por eso el General Perón lo eligió para gobernar la provincia. A Calabró lo eligió la camarilla de la UOM.

La lealtad de Bidegain se expresó en la participación del pueblo organizado en la obra de su gobierno. La traición se expresó en la lucha por mezquinos intereses personales.

Todos los sectores identificados con la Reconstrucción Nacional participaron del gobierno peronista de Bidegain: productores, empresarios, universitarios, universidades, fuerzas armadas, iglesia y los trabajadores organizados, unidos contra el enemigo común: el imperialismo. Mientras los traidores solo se ocupaban de reclamar para sí el Hipódromo, la Policía y el Banco Provincia. Como no lo consiguieron sabotearon, atacaron y calumniaron al Gobierno Provincial. Desde el mismo 25 de mayo fueron oposición del gobierno votado por el pueblo y del Gobernador que puso en manos de Perón la designación de su gabinete. La respuesta del Gobierno Provincial siempre fue una sola: avanzar en la acción de gobierno para reconstruir una provincia arrasada por la oligarquía. Centenares de unidades básicas, municipios del interior, barrios populares, pequeños y medianos empresarios, pobladores de villas miserias, miles de niños, fueron destinatarios preferenciales de los recursos que disponía la Provincia. La honestidad y la austeridad fueron el signo de esa gestión de gobierno.

Pero los intereses reaccionarios, los que siempre traicionaron a Perón, los que no se jugaron por el retorno, los que negociaron a espaldas del pueblo, utilizaron la provocación trotskista contra una unidad militar de Azul para desplazar al gobierno popular de Bidegain, ‘transformando’ a un leal en un traidor y a los traidores en leales.

Por eso renunciamos a nuestros cargos y públicamente, como siempre hemos actuado y actuaremos, porque en el peronismo no caben círculos ni camarillas. Nos comprometimos a luchar por los objetivos de reconstrucción y liberación nacional enunciados por el propio General Perón y lo haremos desde el llano, como corresponde a leales soldados peronistas

dispuestos a servir hasta el fin, porque como dijo la compañera Evita el peronismo será revolucionario o no será”.

Esta solicitada publicada en diferentes medios periodísticos fue firmada entre otros por Guillermo Gallo (Ministro Asuntos Agrarios); Hugo Bacci (Subsecretario Asuntos Agrarios); Gustavo Capdevila (Director de Radio Provincia); Daniel Vaca Narvaja (Asesor Superior de Gobierno); Jorge Delicostas (Subdirector de Institutos de la Dirección de Menores); el Padre Eliseo Morales (Asesor de la Subsecretaría de Acción Social); Alberto Hermida (Auditor Gobernación); Jorge Pereyra (Presidente del IPS) y la también berissense, María Adela Chiappe (Directora del IPS).

Alejado de la función pública, trabajaba en el comedor universitario de 1 y 50 cuando decidió que era necesario retomar su otra pasión y concluir la carrera de Arquitectura. Vivía con su esposa y sus dos hijas María Laura y María Marcela en El Dique, al lado de la casa de sus padres. Una noche recibió la “visita” intimidante de la Policía para ver en qué andaba. Al otro día, su padre le sugirió exiliarse cosa que rechazó tajantemente, mencionando que ya no estaba militando activamente y que estaba alejado de la organización. El 2 de julio del 76 Montoneros colocó una poderosa bomba en el comedor de la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal, en uno de los atentados de mayor impacto durante la dictadura. Murieron 24 personas y más de 70 quedaron heridos. Los servicios de inteligencia informaron que el explosivo pudo haber sido preparado en dos unidades básicas de La Plata, y se desató una feroz represalia. La morgue judicial estadísticamente registraba entre uno y dos muertos NN por día. Entre el 3 y 7 de julio de ese año recibió 46 cadáveres, casi todos con el siguiente diagnóstico del cuerpo profesional de ese organismo: heridas de bala en cráneo, tórax, abdomen, pelvis y hemorragia interna.

“La madrugada del 3 de julio golpearon en mi casa del Dique, en 43 y 124 donde vivía con mi hermanita, mi papá y mi mamá, que dicen que estaba embarazada” expresó su hija mayor, María Laura Delicostas Pretti, que continuó relatando *“... teníamos esas puertas de hierro que a su vez tenían una ventanita larga con vidrios de color caramelo. Recuerdo que me desperté por los ruidos o gritos o el timbre y abrí la ventanita y ahí estaban ellos. Un Falcon verde, muchos policías con armas y así entraron en mi casa en busca de mi papá. Mis abuelos paternos y mi tío vivían en la esquina, en la casa contigua. Y ahora recuerdo, imagino y trato de recordar cada detalle. Mi abuela gritaba ‘se lo llevan a Rubén’, mi mamá lloraba, todos los vecinos estaban en la vereda, al menos los más allegados (Ada, Lili, Lucho, la flaca alta de enfrente) y yo estaba ahí de una casa a la otra observando todo. Mi abuela vendía cosas de mercería y los policías (como así les decía antes) se robaron las medias y varias cosas más. Mi mamá seguía gritando pero mi abuela gritaba más. Revisaron más la casa de mi abuela que la nuestra. No me acuerdo que hacía mi abuelo y tampoco dónde estaba mi hermana que solo tenía 2 años. Se van y se borran las imágenes, pero vuelven como flashes de esa noche. Mi mamá tenía un deshablí de matelassé con botones forrados de tela, mi abuela también. Los policías con sus trajes y botas con muchas armas. En un momento aparece mi papá, esposado junto a mi mamá, se saludan y algo le dice y así nomás lo suben al auto y se lo llevan. No recuerdo si me saludó, no recuerdo donde estaba mi hermanita. Él se fue tranquilo, subió solo al auto pero en la calle seguía la revolución (no sería justamente esa la palabra). Lo escribo, lo leo y no me parece tan fuerte, pero sí lo imagino o digo lo que digo siempre es: ¡yo me acuerdo perfectamente el día que se llevaron a mi papá! Sólo tenía 5 años y lo recuerdo y lo siento. Es*

más lo que escuchaba que lo que veía, los gritos desgarradores de mi abuela, la ropa militar, la ropa de cama, los vecinos y vecinas, mi casa que era muy linda y por muchos años después de ese día no volvimos y la noche, todo se desató en la noche. Para hablar de esto tengo que volver a ser esa niña con solo 5 años de edad, chiquita, morocha, tímida, insegura. Pero firme, parada desde mi centro y observando todo para poder registrarlo y luego contarlo y lo más importante, no olvidarlo, no olvidarme de él, de mi papá. Era hermoso, rubio, arquitecto, usaba bigotito, camisas y se ponía un pañuelo en el cuello. Tengo tres recuerdos puntuales con él en mi cabeza. Un día lo acompañé a una obra y había un sapo, le enganchamos un hilo en una pata y así lo llevamos hasta casa; una noche haciendo una fogata en el patio de la casa con sus libros, y una noche en San Nicolás, mirando por la ventana porque llovía y caían piedras. Ahora, tratando de recordar más, una vez que me hamacaba en el bosque, muy alto y así me caí y me corté la cabeza. Y se me viene como un campo, un alambre de púas y nosotros cruzando y ahí me confundo, porque no sé si son recuerdos certeros los que ahora tengo o son imágenes de las fotos que tengo de él. Ahora soy adulta y aunque no entiendo puedo entender ciertas cosas que me fueron marcando. De niña preguntaba ¿por qué vivíamos con mis abuelos y no estaba viviendo sola con mi mamá, mi papá y mi hermanita? No recibía muchas respuestas, yo creo que a veces mi mamá decía que mi papá estaba de viaje (o capaz que yo quería creer eso), a veces decían o escuchaba que se había muerto en un accidente, se decían tantas cosas. En el colegio nos dividían en dos grupos, ahora me doy cuenta que fue porque éramos hijos de ‘subversivos’, así nos llamaban. Creo que recién siendo adolescente mi mamá nos contó ‘algo’ en relación a lo que pasó. Ahora me doy cuenta que coincide con la democracia, porque el miedo siempre siguió dando vueltas. Soy hija de desaparecidos, así lo digo siempre, pero en realidad no es así, ya que mi padre estuvo desaparecido y luego lo encontraron asesinado y ahí es donde se empiezan a cruzar las emociones porque yo siempre digo que no quiero hablar del morbo pero sí del reconocimiento y del legado. Entonces no es lo mismo decir desaparecido que asesinado, ya que ese término abarca otros e inmediatamente lo relaciono con el secuestro forzado, la desaparición de personas, las múltiples y atroces torturas y ese es el terreno donde no quiero entrar, porque todavía no entiendo y tengo miles de preguntas que nunca voy a encontrar sus respuestas, porque en mi cabeza todavía no entiendo por qué la dictadura militar arrasó con todo y de la peor manera, ¿Por qué se robaban los bebés? ¿Por qué tiraban a la gente viva al río en los vuelos de la muerte? ¿Por qué reprimían con total impunidad? ¿Cómo un ser humano puede pegarle a otro hasta dejarlo sin vida? ¿Por qué entraban en las casas y separaban a las familias?” se preguntó María Laura.

La familia indagó por distintos lugares e inició gestiones para conocer su paradero. Una entrevista con el Comisario Moradillo, sub jefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires, fue determinante para que ocho días después del secuestro, el 11 de julio, su cuerpo baleado y con signos de tortura fuera encontrado sin vida en el camino que une Villa Elisa con Punta Lara, zona de jurisdicción de la Marina.

“Mi hermana fue la primera que inició la búsqueda y el conocimiento; primero fue su momento y ahora es el mío”, afirmó María Laura “... ahora puedo entender, sin entender todavía ciertos términos. Sé que la dictadura militar también fue eclesiástica, que hubo un plan sistemático para robarse los bebés. Conozco cada una de las torturas hacia hombres y mujeres, no eran secuestros, eran desapariciones forzadas, no los mataban, los asesinaban, no eran policías, eran milicos, no eran subversivos, eran compañeros, no eran locos ni bohemios,

solo querían una patria justa, libre y soberana. Y ellos consideraron que por pensar diferente había que matarlos. Tengo en mi casa un mural que yo misma hice con fotos, textos y recortes. Tengo tatuado un pañuelo y en la espalda una flor inconclusa porque le falta un pétalo y dice 'Nunca Más'. También tengo un cuadro con la foto de Néstor dando la orden de sacar la foto del asesino Videla. ¡Amé ese momento! Me sigo emocionando cuando veo a las Madres con más de 80 años no rendirse. Admiro a las Abuelas en su búsqueda y cada vez que aparece un nieto o una nieta mi corazón estalla de alegría. Me invade la emoción, quiero escribir y expresar todo, no es odio, es no poder entender semejante atrocidad. Hoy tengo un grupo de pertenencia: HIJOS. Estoy feliz, feliz de tener un grupo. Ahí se comparten las historias de mis compañeros y compañeras en relación a sus padres o en la búsqueda de sus hermanos y se entiende el dolor, no hace falta contarlo para saber qué se siente. Es triste pero todavía hay gente que no sabe qué pasó cercano al 76, pero también somos muchos los que trabajamos por la Memoria, la Verdad y la Justicia. La Dictadura Cívica Eclesiástica Militar se llevó a nuestros padres, los arrebató de nuestras vidas sin consideración alguna y lo peor es que todavía hay militares que gozan de privilegios. Quisiera también hacer más, pero a veces el dolor me invade y es donde miro las fotos, los videos o mis hijos. Tengo un nieto y me gustaría que crezca con conocimiento pleno y convicción que hubo un genocidio, que no tiene que volver a ocurrir nunca más. Son 30.000, fue un genocidio, ¡30.000 compañeros detenidos desaparecidos, presentes, ahora y siempre!"